

1. La familia Sevilla Mendoza

En realidad, la nuestra no es para nada la familia Sevilla Mendoza. Somos sardos, de ello estoy segura, desde el paleolítico superior.

Mi padre es quien nos llama así, con los dos apellidos más comunes de allá. Ha viajado tanto y su mito es la América, pero no la del Norte, rica y afortunada, sino la del Sur, pobre y jodida. Cuando él era joven, decía que regresaría allí con la mujer con quien se casara, con la cual compartiría los ideales y la aventura de tratar de salvar al mundo.

Pero a mamá nunca le pidió que lo acompañara. Él ha viajado adonde hubiera necesidad de ayuda. Pero nunca con ella, que tiene demasiado miedo de los peligros y siempre anda sin fuerzas.

En nuestra casa, cada uno persigue algo: mamá, la belleza; papá, América del Sur; mi hermano, la perfección; la tía, un novio.

Escribo historias porque, cuando este mundo no me gusta, me transporto al mío y me siento muy bien.

Y este mundo tiene tantas cosas que no me gustan. Diré, más bien, que lo encuentro feo y, decididamente, prefiero el mío.

En mi mundo, está también él, que ya tiene una esposa.

No debo olvidar para nada lo que ha dicho.

—Júrame que no querrás tener una relación sentimental conmigo.

Y yo:

—Te lo prometo.

—Lo nuestro será una relación animal y no vegetal.

—Una relación animal.

—Dos perros que agitan la cola cuando se ven y se huelen el culo.

—¿Te parezco linda?

—La más linda que hay aquí.

—Pero sólo estoy yo aquí.

—¿Pues bien?

—Por favor, dime si soy linda.

—Tu culo es el mejor del mundo.

Pero mi idea del amor no puede ser solamente el culo.

—Mi cara, ¿te gusta mi cara?

—Con un culo como el tuyo, qué carajo me importa la cara. Y, además, si hay algo que me rompe las pelotas es decir cumplidos a pedido.

Entonces me detengo, porque no quiero hacer como mamá.

La abuela cuenta que mamá siempre ha sido un poco densa. Cuando niña, antes de ir a la cama, salu-

daba a sus padres con un beso y las buenas noches. Ellos quizás estaban cansados y le respondían con tono distraído “buenas noches”.

—¡Denme unas lindas buenas noches! —imploraba la niña.

—Buenas noches —decían un poco irritados.

—¡No así, no así! ¡Ahora son más feas que antes! —se desesperaba y lloraba hasta que los abuelos, exhaustos, la saludaban como correspondía. Sólo entonces se dormía.

Mamá se levanta al alba y va a la terraza con el balde con lavandina y la escoba, para limpiar las “caquitas” de las palomas. Pero también es buena con las palomas. Las invita a irse construyendo a cada lado una barrera de plantas espinosas rojas y blancas, que combinan perfectamente con el piso. O cuelga sobres en las sogas, con lo cual las espanta con su crujido. También todas las otras flores son rojas y blancas: los jazmines, las rosas, los tulipanes, las fresias, las dalias.

Para ella, los colores son importantes incluso cuando cuelga la ropa, aunque pienso que no se trata de estética. Para las sábanas de nosotros, sus hijos, por ejemplo, usa siempre broches color verde: la esperanza. Para las de su cama y de papá, broches rojos: la pasión. He observado que evita siempre el amarillo, la desesperación, y, cuando lo encuentra en los paquetes que ya vienen armados, me doy cuenta de que los hace desaparecer.

Mamá no tiene miedo sólo de los broches amarillos, sino de todo. Es raro que mire una película hasta el final en lugar de escapar del cine aterrorizada ante la primera escena un poco dura o simplemente realista.

Tiene miedo hasta de las estrellas. Como sabe de astrología, examina ansiosa su recorrido, su posición. Es muy difícil que no haya algún motivo de preocupación en el cielo.

Dice que nunca se perdonará no haber hecho nacer a mi hermano unas horas después: en el cielo habría habido un estupendo aspecto entre Venus y la Luna, ambos en exaltación, que lo habrían hecho feliz en el amor. También siente culpa por mí pero, en mi caso, en cambio, bastaba una hora antes.

—Debería haberme hecho valer —dice siempre—, tenía los dolores y no quería molestar. Ellos estaban seguros de que todavía no era el momento, y no era verdad. ¡Parí a la niña sin dolor, en un momento en que la Luna cuadraba con todos los planetas! ¡Pobre hija mía!

Mi padre dice que ella es un conejo y hace caca con forma de bolitas. Muchas veces se le acerca y le susurra al oído el ruido de cuando ella come zanahorias: “Gna gna gna gna gna gna gna gna”, y mamá se ríe muchísimo y lo mira siempre absorta, porque él es su contrario.

A él no le importa nada lo que piensen los otros. Y nunca se disculpa por nada. Y no se siente nunca inferior a nadie, ni siquiera por no haberse recibido. Más

bien, cuando alguien exhibe sus títulos, dice que eso no es cultura, que la cultura es otra cosa y que son unos grandísimos ignorantes.

—Tu madre —me ha confiado una vez papá— es una *mujer para la pereza*. Deberíamos darles un prospecto a todos los que tengan trato con ella. Instrucciones de uso. Si alguna vez tuviera problemas, si alguna vez estuviera triste y no lograra hacerla reír más, preferiría en serio estar en el lugar más desgraciado de la Tierra hurgando en la basura.

Por eso nunca le confiamos nada a ella y somos su filtro frente al mundo.

Yo, en cambio, tengo un estómago de hierro. Como mi abuelo materno, que estuvo en la guerra en la Marina: tres naufragios, prisionero de los alemanes y, en los últimos meses, hasta con los SS, marchando día y noche en el hielo mientras se retiraban y mataban a todos los que no podían seguirlos. Luchó con los perros por cualquier cáscara de papa en la basura mientras “Scheggia” se divertía mirando. Caminó sin parar y, por ello, no lo mataron y logró sobrevivir.

Regresó y recomenzó su vida. Lo único es que era nervioso. Se caía un tenedor de la mesa y saltaba por el aire.

A mi madre dejó casi enseguida de contarle sobre los horrores de la guerra, porque la niña por la noche tenía pesadillas y soñaba que estaba con la abuela en

una larga fila de gente pronta para ser internada, mientras el abuelo era torturado.

Por reacción a la maldad de Hitler, de niña se hizo comunista. Pero, luego, leyó sobre los crímenes de Stalin y de Mao, y sobre qué fea era la vida también en Rusia y en China. Entonces se volcó a la Iglesia, pero también allí había habido en el pasado gente mala. Por ejemplo, los inquisidores o la beatería sin piedad. La única opción era la democracia. Perfecta. Pero papá dice siempre que también las democracias occidentales, con sus dictaduras económicas, asesinan el Tercer Mundo.

Él ya está casado, pero sus llamadas telefónicas tienen el efecto de un encantamiento.

—Soy yo. ¿Cómo estás?

No recuerda más cómo estoy. Comienzo a abrirle paso entre la muchedumbre, a organizar planes complicadísimos para que venga a casa cuando los míos no están. Sobre todo mamá, que, si no está en el trabajo, está siempre. La convengo de que haga un paseo para pintar sus cuadros y la dejo con la paleta siempre más lejos: en el cerro de S. Michelle, que domina toda la ciudad, pero donde mamá se entristece por cómo murió la pobre Violante Carroza en 1511, o en el faro de Calamosca, sobre el horizonte infinito. Luego combinamos un horario y la voy a buscar con mi Vespa roja, porque no hay manera de que mamá se oriente y tome el ómnibus.

La espera es una verdadera ceremonia: lamparita de diez watts en la habitación, silencio total. Lo espero recostada sobre la cama, como si debiéramos salir. Abri-go, cartera, zapatos con taco y las manos cruzadas sobre el pecho. Una muerta lista para renacer. Una feíta lista para tornarse bellísima.

Como no puede ir conmigo de paseo debido a su esposa, la salida se da en nuestra imaginación. Los vestidos son mágicos, porque no dependen de las verdaderas estaciones sino de lo que tengas en mente para ese día.

El timbre, el código. Él entra, me mira como si dijera “eres bella”, atraviesa los dos pasillos hasta mi habitación, levanta a la joven recostada sobre la cama y la transporta a otro mundo.

A menudo, mi hermano está triste. Cuando estamos seguros de que mamá no escucha, me cuenta de su escuela, que es un lugar muy duro. Por ejemplo, los fuertes comen siempre por lo menos dos meriendas, los débiles ni una porque, si no, “les pegan”. Los fuertes le sacan de las manos a mi hermano la merienda que mi madre le prepara. Así sucede también con su calculadora y sus útiles. Siempre necesita comprar todo de nuevo. Me dice que, si fuera por él, no volvería más a la escuela, sobre todo ahora que una joven que le gustaba se metió con uno de los fuertes. Tocaría el piano y punto.

También mi mamá me contaba con la misma tristeza sobre su trabajo. Debía estar en el archivo. Con la llave negra abría la puerta del primer cuarto. Allí había una pequeña caja fuerte que contenía algunas filas de llaves de diversos colores que abrirían los armarios. Sin embargo, había una que, a pesar de tener el color igual a las otras, tenía una pequeña contraseña que permitía el acceso al segundo cuarto. También aquí había una pequeña caja fuerte que contenía las llaves para acceder a los documentos más delicados. Cada documento tenía asignado su lugar por computadora, pero para esto había un compañero. Mamá sólo debía abrir los armarios, llevar los documentos a los compañeros cuando se los pedían y estar atenta a que todo regresara a su lugar. Pero era lenta y veía que los compañeros se burlaban; a menudo se tropezaba con las sillas o, cuando los estantes estaban altos, se caía de la escalera y los documentos se desparramaban sobre el piso. Sentía culpa y, con una docilidad siempre muy exasperante, no pedía nunca las vacaciones en agosto o un pequeño aumento de sueldo. Además, le escondía todo esto a mi padre, así que hacía pasar sus vacaciones en noviembre como una originalidad, como un deseo personal.

Por la mañana, entraba con los ojos hinchados en la cocina y sonreía solamente cuando mi papá la recibía de buen humor: “¡Oh! ¡La frescura! ¡La belleza!” y, suspirando, fingía alcanzar un orgasmo. La tomaba de punto porque sabía cuánto un “buenas noches” o un “buen día” con el tono equivocado podrían desesperarla.

Luego ella y mi hermano se preparaban para ir al patíbulo. Hacían juntos un tramo del camino y yo, que en cambio iba en la otra dirección, a menudo me daba vuelta para mirarlos: él con la mochila enorme sobre la espalda porque el compañero fuerte no llevaba ni un libro, y ella, que parecía la percha de su propio vestido, lo que mostraba hasta qué punto no quería existir como persona en ese momento.

Después un día mi padre dijo:

—No nos importan una mierda esos cuatro pesos, ¿no es cierto? La señora Sevilla Mendoza es pobre, ¡pero es una pintora! Y una artista no puede perder tiempo encerrada en una oficina.

Debo decir que, desde entonces, no nos dimos cuenta de ningún cambio económico. De todas formas, mamá vende muchos cuadros en las muestras, gustan mucho, y papá manda el dinero de las ventas al Tercer Mundo porque, en el fondo, nosotros no hacemos nada con él.

A menudo mamá está horas en la ventana con el pincel en la mano. Dice que hacemos siempre otra cosa y así nos perdemos el cielo o las bandadas de pájaros cuando llegan o migran. Nuestra casa da a los techos y a las terrazas de la Marina, cuadradas como la nuestra, con las flores y las parrillas para asar los pescados los domingos y los tanques azul marino, porque falta el agua. Hay tanta gente que hace algo: impermeabiliza, agrega galerías o cuartos de más, repara las estructuras o coloca nuevas antenas para la televisión. Cuan-

do viene la abuela a visitarnos, se asoma y observa todo y dice: “¿Vieron cómo arreglaron todo allá abajo?”.

Mamá se siente mal porque la abuela nunca alabó nuestra casa, ni siquiera al llegar a nuestro pueblo al atardecer de tantos días hermosos de sol con, además, el barrio de la Marina, el mar del puerto de Cagliari, que es violeta acuarela, y el cielo inmóvil y silencioso, y el barco que parte y parece iluminado para un baile.

A mamá le dan tristeza los barcos que zarpan y también, si desde allí nadie le dice “adiós”, es una separación dolorosa.

—Así es la vida —suspira—, siempre hay alguien que se va.

Mi padre le aconseja que no mire más los barcos que parten y que no le importen las puestas de sol violetas y las luces del baile: mamá se debe asomar cuando llegan los barcos. De hecho, siempre le da por sonreír, detrás de los vidrios, cuando los transbordadores entran en el puerto, que, si el día está calmo y nítido, parece un lago, encerrado como está en el horizonte por las montañas azul marino de Capoterra en la otra parte del golfo.

Mi abuela dice que mi hermano tomó lo peor de mamá y papá, es decir, la torpeza de una y la ausencia del otro. Papá podría hacer grandes cosas por el muchacho, pero nunca está. Podría hablarle cara a cara de Dios, en lugar de en forma genérica cuando estamos todos, o de cómo se afeita sin cortarse, o de cómo se conquista a las mujeres. En cambio, en el mundo

de mi hermano sólo hay Mozart, Bach, Beethoven, que son grandes, pero muy lejanos y se necesita partitura.

Para conquistar a las jóvenes, se necesitaría cualquier cancioncita de las que papá toca con la guitarra en cualquier parte y todas las mujeres alrededor se divierten y cantan. Cuando mi hermano está en casa, se queda en su cuarto tocando, y mamá entra y sale con el jugo exprimido y la merienda sana con las proporciones justas de carbohidratos, proteínas y vitaminas. Él la echa:

—¡Pero qué pesada!

La abuela dice que mamá se casó con un extraño que trataba de hacerse el voluntario y salvar a los hijos de los otros mientras le nacían los suyos. No le importaba esa joven embarazada y aterrorizada que preguntaba a los médicos si, para ellos, parir era más o menos doloroso que las torturas de la Gestapo o de la KGB o de la CIA. Los doctores le respondían:

—Depende de qué torturas, señora, depende. Pero usted debe pensar que, desde que el mundo es mundo, todas las mujeres tienen hijos. Eso quiere decir que es posible.

Las extravagancias atraen extravagancias. No hay salvación. Otra cosa que la abuela no tolera de mi hermano es que la ropa le cuelgue, como a mamá. Los dos son bellísimos, pero no parecen lindos porque son torpes y poco diestros, y caminan tan encorvados que ni siquiera parecen altos.

Mi abuelo era un hombre fuerte. A los dieciséis años, la edad de mi hermano ahora, se fue del pueblo a la Academia Militar en el Continente. Se jactaba de ello ante sus compañeros. El día antes de partir, algunos se escondieron para esperarlo y le pegaron. Muchos contra uno. Se fue lo mismo, y la guerra fue una aventura que lo encontró allí, listo, con mucha anticipación.

Lo que tenemos en común mamá y yo es que siempre endulzamos todo, mientras que la tía es brusca y, para decir que uno echó a otro, dice que “le dieron una patada en el culo”. A nosotras no nos gusta el modo que tiene la tía. A nosotras nos gusta el mundo detrás de una capa de miel, y papá dice que nos dará diabetes al cerebro. Yo pienso que mamá y la tía son tan diferentes por lo que sucedió al principio. Cuando la abuela estaba embarazada de mamá, ella y el abuelo vivían con otra pareja para ahorrar en el alquiler. La otra señora no conseguía quedar embarazada y le tenía antipatía a la abuela. Le ponía agua hirviendo en sus flores, le hacía desaparecer los platos de la vajilla buena, que con el tiempo cada vez tenía menos piezas. Esta historia continuó por años, hasta que mamá entró en la primaria, y no se le podía decir nada al abuelo porque, una vez que la abuela tan sólo sugirió algo, él había ido a enfrentar al marido de la vecina y casi lo mató. No quedaba más que callar y volver a comprar los platos o cultivar otras flores, cuando se pudiera. La última cosa

que perdieron fue el libro *Las mil y una noches*, que la abuela colocaba en un lugar secreto después de leerlo un poco con la niña. Un día no lo encontraron más.

En cambio, cuando la tía nació, la vecina quedó finalmente embarazada y las flores no se marchitaron ni desaparecieron los platos ni los libros de fábulas. Además, el abuelo estaba menos nervioso, el campo de concentración estaba ahora más lejano y la tía podía arrojar desde la mesa todos los tenedores que quisiera sin que fuera el fin del mundo.

El nuevo novio de la tía viene de América del Sur. Estamos desconcertados porque mamá se lo presentó.

Es un médico del que la abuela había escuchado hablar y al que obligaron a mamá a visitar porque pensaba que caminaba encorvada por un mal en la espina dorsal. El doctor comenzó a preguntarle a mamá si había tenido enfermedades importantes y le hizo incluso preguntas sobre su vida.

Ella me cuenta que pasó una hora diferente de todas las de su existencia y que sintió la exaltación de que alguien se interesara de verdad en ella, aunque fuera porque pagaba.

La tía le dijo que el doctor Salevsky ha viajado mucho y estuvo en el Cabo de Hornos en un barco, como médico de a bordo. Así que nosotros leímos enseguida libros y sabemos que, allá abajo, el alba es roja y las focas tienen una mirada dulcísima y hasta hace poco

tiempo había cazadores que las mataban a palos para quitarles la piel. Nos enteramos de que el novio de la tía sabe andar a caballo, hace alpinismo, explora grutas, compite en motocicleta y bucea en profundidad, y podemos imaginarla con sus bellos cabellos rizados al viento en las praderas o recibida en Buenos Aires por sus parientes, cordiales como sólo los sudamericanos saben serlo.

La tía ahora va a bailar el tango y, cuando viene a vernos, nos hace ver los pasos y nos obliga a todos a hacerle de compañeros de baile, y papá dice que ella no tiene personalidad, que si un novio juega tenis, ella juega tenis; si le gusta el cine; ella habla sólo de cine. Ahora, ¿cómo va a hacer con este novio, que sabe hacer prácticamente de todo?

Es la hermana menor de mamá y es una mujer en verdad bellísima, a la que todos los hombres, pero también los jovencitos y las mujeres, se dan vuelta para mirar por la calle. La mejor cosa que pueden decirme es que, aunque vagamente, nos parecemos. En el sentido, creo, de que yo soy rellenita y ella es escultural. Tiene el pecho prominente, que muestra en verano y en invierno porque es siempre desordenada y se le abren los escotes; tiene las piernas largas, la cintura estrechísima; es alta, metro y setenta y cinco, y sus cabellos son una nube negra y suave con la que yo jugaba de niña por horas sin que ella protestara. Si hubiéramos sido hechas por un escultor, yo parecería a medio hacer y ella terminada. Y si fuéramos nosotras las pro-

tagonistas de *El patito feo*, naturalmente yo sería el patito feo y la tía sería uno de los cisnes buenos y lindos que vuelan sobre el patito; pero el material que se usó es el mismo, y yo estoy orgullosa.

La tía siempre nos ha dejado a mí y a mi hermano hacer de todo, y siempre nos ha malcriado, pero tiene debilidad por mí. Desde niña me llevaba con ella a lo de sus novios y me mostraba con orgullo.

Yo le decía:

—¿Por qué no te casas también y tienes hijos?

Y ella:

—Si Dios quiere.

Y yo:

—Pero Dios quiere.

A pesar de ser irresistible, la tía nunca tuvo ni marido ni hijos. A veces pienso que nació para hacer de madre de todos y mujer de todos, y por esto no tiene verdaderas cosas suyas. Nada puede asemejarse a sus buñuelos o a sus pizzetas o a los deberes, que te los resuelve en un abrir y cerrar de ojos cuando estás desesperado, o a cómo te explica todas las cuestiones históricas que nunca lograste entender en tu vida. La tía cuenta que los novios con ella hacen el amor, se ríen, discuten sobre cuestiones importantes, pero luego se van. Y yo me pregunto qué cosa le falta al amor si hay sexo, se ríe y se habla. Papá dice que ella no tiene ni marido ni hijos porque, al contrario de cómo yo pensaba de niña, ¡Dios no quiere! Y Dios actúa con una lógica aplastante.

2. El doctor Salevsky

En cambio, con el doctor sudamericano todo irá bien. Él ha comenzado a venir a casa y la tía dice que es muy importante que tenga afecto por la familia de la novia. Le gustan las comidas, las flores, los cuentos y los cuadros de mamá. Quiso comprarle uno, pero papá le dijo que, desgraciadamente, ya los había vendido todos. Nadie piensa, sin embargo, que mamá pueda gustarle, arropada y torpe como es, a uno que, como dice la tía, tiene enjambres de mujeres que le zumban alrededor y preservativos por todas partes, en el auto, en el comedor, en el baño, además de en el cuarto, naturalmente.

Papá dice que mamá y el doctor argentino han fundado una Sociedad de Socorro Mutuo. Él tiene la familia lejos desde hace años y también se lo escucha todos los días “¡Mamita! ¡Papito!” , como lo imita papá cuando el doctor responde al celular. Está claro que le hacen mucha falta.

Mamá, se entiende, está tratando de proporcionarle el entorno de esa familia que no está.

El doctor, cuando se pone a conversar con ella, no se da cuenta de que el tiempo pasa y después, proba-

blemente, la vuelve a llamar por teléfono y quizá le dice cosas graciosas porque a veces ella ríe y ríe, saca el pañuelo y luego le pregunta si nunca ha probado la *fregola* sarda así y así, o la sopa de hinojo y queso como la prepara la abuela. Al teléfono no la terminan más con las risas y las recetas, porque entonces es el doctor quien le explica a mamá cómo se cocina el caldo de maíz, ternera y batata. Pero luego, cuando él viene finalmente a degustar esos platos, ellos dos no comen nada, sino que pierden el tiempo hablando. Sus platos quedan siempre intactos, lo que haría la felicidad de cualquier restaurante, si alguna vez fueran juntos.

Juntos solamente han hecho un tramo de la calle. También mamá debía salir y le preguntó si tenía problemas en acompañarla. Él se puso a gritar: “¿Qué problema habría de tener?”. Había entendido que la verdadera pregunta era: “¿Te doy vergüenza?”.

Mamá regresó muy emocionada porque el doctor se hizo acompañar a la via Manno a comprarse ropa de vestir y le pidió que lo aconsejara, luego entraron en la iglesia de S. Antonio, donde el doctor se arrodilló y rezó, pero luego le confesó a mamá que no está para nada seguro de que Dios exista; más bien está más seguro de que no que de que sí. Además, en la plazuela del S. Sepolcro, después del pórtico de S. Antonio, él vio todos los carteles sobre las paredes y luego de haber hecho la señal de la cruz, porque estaba frente a un lugar sagrado, dijo que al que había hecho todos esos carteles se los haría cubrir. También haría que reco-

giera con la boca todo el papel de estraza en el piso y, después, limpiara todo con la lengua. Según mamá, el doctor decía eso por decir y no haría mal a una mosca, y papá se fastidió y seguía repitiendo: “Habló ojos de lince. Habló el águila, esa que observa todo y no se equivoca nunca. Si no fuera su madre, cómo harían para defenderse”.

Mi hermano se pregunta por qué en nuestra casa, excepto él, todos tenemos esta manía de contar nuestras cosas. ¿Por qué mamá no se guardó para ella su paseo?

El novio de la tía, si no está mamá, parece que adora comer, pero no es gordo. Más bien es muy lindo: enérgico, enérgico y segurísimo. Hace cuatro generaciones que el bisabuelo de su padre emigró de Rusia a la Argentina y se casó con una joven india, por lo que tiene un apellido extraño para ser sudamericano: Salevsky. Doctor Salevsky. Mamá dice que es como si tuviera dos tipos de fisonomías: la del salvaje y la de un militar en la corte del zar. Dice que el color de sus ojos es océanos Atlántico y Pacífico cuando se encuentran en el cabo de Hornos, y para ella, que no ha visto nada de todo esto, corresponde a su azul preferido cuando pinta. Mamá dice que no es gordo, porque su hambre de comida es sólo nostalgia de su hogar, y esa es una nostalgia que ni siquiera todas las mujeres con las que ha vivido pueden haberle hecho pasar.

Cuando el doctor Salevsky llega al almuerzo o a la cena, claramente no quiere ser menos que ella en la Sociedad y, sabiendo cuánto mamá ama cultivar las flo-

res, le lleva decenas de plantas del vivero, del mismo color que el de los tubos para pintar que mamá le ha mostrado con entusiasmo.

No hacen nada malo y ninguno de nosotros pensaría que puedan gustarse o, mejor, que mamá pueda gustarle, así flaquita y asustada, con las ropas floreadas que le cuelgan encima en el verano y los abrigos de deportada en el invierno.

Mamá debe de haberle dicho al doctor que nunca ha viajado. Es verdad que papá está siempre de viaje, pero nunca con ella. Papá adora viajar solo, como misionero, aunque se haya casado, y esto mamá no lo entiende.

Un día el novio de la tía llegó con un paquete pesadísimo atado con un lazo rojo como la cara que puso mamá. A ella nadie le regala nunca nada porque dicen que los regalos la ponen incómoda y no los disfruta. Dentro del paquete había esto: *Trescientos sesenta y cinco días para reflexionar sobre nuestra Tierra* del fotógrafo Bertrand. Cada día, con ese libro, mamá puede ir a un lugar diferente del mundo. Se cuidó mucho de no poner el libro en la biblioteca al alcance de todos. Si se le pide de viajar un poco juntos, va a tomarlo de un lugar secreto en su cuarto y le acaricia las páginas con el mismo amor con el que Rosso Malpelo acariciaba los pantalones de su padre, que era el único que lo había querido bien. Sus gestos, cuando hojeamos el libro, me recuerdan a los de cuando nos leía las fábulas a mí y a mi hermano.

Mi fábula favorita de hoy es un islote del archipiélago de Sulú, sin nombre, porque sería imposible darles uno a todas las siete mil cien islas que forman las Filipinas. Está perdido en la inmensidad del azul y está muy lejos de todas las otras islas, a su vez muy lejos de nuestro mundo. Y la fotografía está tomada desde lo alto, tan alto que el punto de vista puede ser sólo angélico. Antes de viajar a otros lugares, mamá y yo pasamos siempre por el archipiélago de Sulú y acariciamos nuestra idea de felicidad.